

## ENTRE VECINAS.

—Buenos días, comadrita, ¿Cómo pasó Ud. la noche?

—Bien, gracias á Dios. ¿y Ud.?

—Mala, muy mala; esta tos no me deja.

—¿Por qué no vé Ud. á Don Apolonio, que le dé un remedio?

Es muy acertado para curar á los pobres y es muy buen Señor. Yo nunca veo médico para mis enfermos. Algunos médicos, si no tienen amistad con la familia que los llama, ó si la casa no es de un hacendado, comerciante rico, General, Licenciado ó Canónigo, llegan haciendo mala cara, toman la muñeca al enfermo y cuentan las pulsaciones con la misma exactitud con que yo cuento mis deudas, porque ha de saber Ud. que jamás puedo contar ni la mitad de las que tengo; arrancan de una libreta una hoja que tiene en el encabezado el nombre del Doctor ó de la botica que prefieren, recetan y ordenan que vaya uno á comprar la medicina á esa botica, porque sólo allí la hay; y aunque en la casa podría uno hacerla con cinco centavos y en otra botica le cobrarían diez, hay que ir á la que el médico mandó, donde cobran veinticinco de barato.

Se retira el médico, ofreciendo volver al siguiente día, quedando enterados la familia y el enfermo de que éste padece de *cualquiera cosa*, enfermedad que debe ser muy común en San Luis, según se les oye decir á los médicos en todas las casas. Es preciso que tengan mucha con-

fianza en la casa del enfermo, ó que crean que serán comprendidos, para que hagan alguna explicación de la enfermedad del paciente, y digan el nombre de ella en términos técnicos, aunque bien pudieran hacerlo de un modo inteligible para los interesados.

Figúrese Ud., comadre, que la semana pasada se enfermó D. Espiridión, aquel señor que mal sabe leer y escribir, pero que trabajando primero como caporal, después como mayordomo y luego como administrador de las haciendas que fueron de los carmelitas, tiene ahora una gran hacienda propia, coches y lacayos; tomó el buen señor en la cena, pescado fresco de cuatro días del que viene de Tampico, ejotes y chícharos duros. Al siguiente día amaneció como dicen los pobres, vaciándose, y con unos retortijones de tripas que hasta se cuarteaba en la cama. Fueron cuatro médicos á verlo, y como es rico, declararon que debía entenderles las explicaciones científicas de la enfermedad, y de común acuerdo calificaron, ó diagnosticaron, para que Ud. entienda tanto como el señor enfermo, que estaba este atacado de *colitis*. D. Espiridión se llevó la mano espantado, hacia atrás, creyendo que en su frecuente roce con los animales del campo, alguno de ellos le habría pegado el adminículo donde estaba localizada la enfermedad.

Protestó que carecía de semejante agregado, y entonces le explicaron que era el nombre que la ciencia da á la indigestión que padecía. Con este motivo, siguieron los facultativos haciéndole otras explicaciones tomadas, según decían, de un señor Dieulafoy y ya pude yo también enterarme que todas las enfermedades á que está expuesto nuestro organismo, no tienen ya los nombres antiguos con que eran conocidas, porque es muy vulgar eso de dolor de estómago, de costado, de garganta, de cabeza, de piernas, etc. Ahora todas las enfermedades acaban en *itis*, de manera que se llaman estomaguitis, costaditis, gargantitis, cabecitis, piernitis, y así las demás.

Nosotras, que como pobres, no entendemos nada de términos facultativos, vemos á quien nos entienda y podamos entender, y por eso estoy muy contenta con D. Apolonio, que siempre á los pobres les receta con tan buena voluntad. Haga Ud. lo que le digo: véalo, lleve una botella para la

bebida y una taza para la friega, y verá como untándose lo de la botella y bebiéndose lo de la taza, se pone buena.

—Lo voy á hacer, comadrita, porque es mucho lo que esta tos me hace sufrir. Nada más que si en el resto del día no puedo ir hoy, será mañana, porque en las noches me entra un calosfrío que me pone como á estudiante en vispera de examen.

—Para eso, comadrita, no hay como un apretón de arriero y una friega de sebo con sal.

—Quite Ud. allá, comadre, si precisamente esta tos la tengo por un apretón que me dió mi marido. Ya sabe Ud. que es trenista de artillería, acostumbrado á habérselas con las mulas que arrastran las piezas. Una vez me abrazó tan fuertemente, estando en sus copas, que tronaron las costillas, me quedé sofocada más de una hora, y desde entonces no puedo ser buena de esta tos.

Pues sólo D. Apolonio y el Señor del Saucito la pondrán sanar. Ofrézcale á su divina majestad una vela y un retablo, unas enaguas de jerga y un milagrito de plata.

—Y el Señor del Saucito ¿para qué quiere enaguas de jerga?

—No para él, comadre; Ud. las usará como *manda* hasta que se acaben, para que las gentes crean que hace Ud. pública su fe en los milagros de los Santos. Al cabo que la jerga no llega al cuerpo, pues se la pone Ud. como todo vestido, sobre el camión y las enaguas blancas.

Ya Ud. habrá visto á varias curritas del centro, que andan con hábitos de Nra. Sra. del Carmen, por ser el más toseo de todos los que se usan para vestir á la Madre de Dios en sus diversas advocaciones, y esas mandas las han ofrecido porque el novio no se arrepienta, por un catarro que pescaron á la salida de un baile ó de una zarzuela del género chico, porque cambie de casa ó se haga ciega una vecina *fisgona* que vive enfrente ó porque se enfermó el perrito faldero; pero no importa que ese hábito sea de burdo sayal, bajo de él van el fino camión de tela de lino, las enaguas blancas adornadas con tiras bordadas ó encajes, y la blusa de seda.

—Pero eso es un engaño á las gentes y especialmente al Santo.

—En estos tiempos todo es así. Los casados se engañan mutuamente; las señoras decentes imitan á Judas en aque-

llo de besar para engañar mejor, los hijos engañan á los padres, los dependientes á los patronos, éstos á sus dependientes, los amos á los criados y éstos á los amos, los comerciantes al fisco, los discípulos á los maestros, los gobiernos á los pueblos, la justicia á los pobres, etc. y todos los engañados, aunque repelen, repelando se quedan. ¿Qué mas dá que se engañe á los Santos, si éstos no tienen ni siquiera la libertad de reclamar?

—Dice Ud. bien, me pondré mis enaguas de jerga, á ver si me hacen más provecho que el gordolobo y la tintura de yodo.

También nuestra vecina del núm. 10 tiene una tos tan fuerte como la mía.

—Si, pero como tiene hija bonita, le llueven los remedios, los regalos y visitas. Hasta el dueño de la casa, ya ve Ud., viene á nuestros cuartos cada día 1<sup>o</sup>. Sin saludar nos tira el recibo sobre la costura, recibe su dinero y se marcha sin despedirse. Si se nos pasa un día sin pagar la renta, nos amenza con echarnos á la calle, nos llena de insultos y sólo feas y viejas no nos dice, porque sabe que le arañaríamos la cara.

Con la del núm. 10 empezó lo mismo que con nosotras, pero luego que vió á la muchacha y que ésta le daba carita, llegaba muy cariñoso regalándole flores y perfumes, y ahora viene á verlas cuatro veces al día. Yo no creo que haya arreglado que le paguen la renta por horas como las tandas, ó como los coches de Joaquinito Tamés.

En esta época de civilización, de progreso, de perfectibilidad y de esplendor en las creencias y prácticas religiosas, ni la caridad se hace de valde. El que la pide, necesita estimular los sentimientos filantrópicos de las clases sociales, proporcionándoles un concierto, un baile, una función dramática ó de zarzuela, especialmente la diversión que está á la altura de nuestra ilustración, las corridas de toros.

Ya con el interés de divertirse, ocurren ricos y pobres á dar su óbolo para cualquier acto de beneficencia, y si para vender los boletos ó cobrar en las puertas, se comisionan unas ocho ó diez muchachas bonitas y risueñas, entences la caridad sube de punto, hay muchos espléndidos que dan hasta el doble del peso de la entrada, en cambio de una sonrisa de la graciosa expendedora, y que figure el

nombre del donante en el periódico que publique la cuenta de productos.

Por supuesto que en esta inocente intención, no figura para nada la vanidad. Se hace con el fin de que ese desinteresado desprendimiento sirva de ejemplo á otros concurrentes para que también sean generosos con los necesitados.

Antiguamente, cuando una población era invadida por una epidemia, que los hospitales militares estaban llenos de heridos, que un incendio devoraba gran parte de ella ó que un ciclón ó un terremoto dejaba en la miseria á multitud de familias, bastaba un llamamiento de la autoridad ó de comisiones de los diversos gremios, para que todos los vecinos de la ciudad se apresuraran á contribuir con las sumas que sus circunstancias les permitían, para aliviar las necesidades de las víctimas. Ahora ya no somos tan tontos como nuestros antepasados. Si en cambio de nuestra caridad no nos dan una diversión profana ó bárbara bien pueden los necesitados rascarse con sus propias uñas. Damos el valor de la entrada al espectáculo, lo mismo que se lo daríamos á un simple empresario, importándonos un pito que éste se lo eche á la bolsa, ó que lo distribuya entre huérfanos, viudas, heridos, arruinados ó aplastados.

No se canse Ud., comadre, en los tiempos que corren no hay quien dé paso en falso, no hay quien proteja á otro sin algún interés, al que le ven caballo le ofrecen silla y el que es pobre y feo, no tiene más recurso que quejarse á Dios.

Doña Restituta, del n<sup>o</sup> 8, ha sentado plaza de Santa. Tiene menos edad y está más fuerte que yo para trabajar, pero ya Ud. la vé, se levanta á las cinco de la mañana en verano y á las siete en invierno, no se lava porque nunca tiene agua en el cuarto, la ropa de la cama la hace montón en una silla, se viste, se enreda el rosario en una mano, en la otra lleva el Lavalle y el banquillo de iglesia y se vá á oír misa. Hoy se desayuna y come en una casa rica y mañana en otra; porque todas las señoras grandes la estiman y la veneran por su devoción. En una parte le regalan el vestido y el tápalo de uso y medio, en otra la ropa blanca, las medias y los botines, y así se la va pasando. Aquí no viene á acostarse sino hasta después que cenó en la casa de turno, y se suelta echando pestes contra la co-

mida que le dieron, contra el dueño de la casa que por estar en el "Fiel Pastor" comió tarde la familia y ella también, contra las niñas que por estar en las ventanas con los novios se le pasó la hora de cenar, contra la señora porque le encargó que llevara la voz en el rezo del rosario, y contra el padre que dijo la misa, porque no quiso reconciliarla y darle la comunión antes que á la Presidenta de la Conferencia. Vaya que se pasa buena vida la Restituta, como he oído que dicen las gentes, haciéndole morcillas al diablo.

El vecino de la otra puerta es otro problema. Tiene buena cama, regulares y suficientes muebles, y su mesa de escritorio bien surtida de plumas y papeles. No tiene destino ni trabaja en nada, y está abonado en fonda de á quince pesos. Se levanta, se pone un vestido viejo y escribe una conmovedora carta dirigida á alguna autoridad superior ó á algún rico, en la que dice que acaba de llegar á la ciudad, cargado de familia, en busca de ocupación, y solicita una con mucha zalamería.

Su presencia y su estilo predisponen á su favor, y consi- gue que le den una cantidad regular mientras que se proporciona el destino. Otras veces hace el papel de comisionado por alguna familia que se encuentra aflijida por la enfermedad de su jefe ó por alguna desgracia. Es portador de la misiva y recibe para su provecho las cantidades que los caritativos envían á aquélla, y como este señor ha de ser mormón, cada cuatro días se le muere una mujer, y ocurre á la generosidad de las personas piadosas para que le den dinero para enterrarla.

Luego que consigue pegar la banderilla diaria, vuelve á su cuarto, se cambia ropa y se va á la cantina ó al billar, convida á un amigo una copa para que le den cinco, toma los alimentos tan bien ganados, con devorador apetito, y pasa las noches en compañías más ó menos edificantes.

No así D. Benvenuto, el de la esquina, ese señor en su tiendita todo el día, no sale ni á misa. A todos los vecinos nos fia el arroz, los garbanzos, los frijoles y el piloncillo, á precio doble de lo que valen al contado, por supuesto sobre alguna prenda, pero es tan buen señor, que si ésta vale cuatro pesos, el préstamo llega hasta cuatro reales, y si no la sacamos en el plazo de quince días, la perdemos.

A los marchantes diarios de mezcal, les recibe en pren-

da los sombreros, los jorongos y las enaguas de las mujeres; el precio de la bebida sube á medida que ella se le sube al bebedor. La copa que empieza por de á centavo acaba por valer cinco ó diez, y de este modo, cuando el borrachito va después de la cruda á sacar su prenda, creyendo que debe diez ó doce centavos, se encuentra con que la remató en uno ó dos pesos, por las copas que estuvo convidando á sus amigos y por el vaso ó vasos que quebró.

Las criadas de las casas depositan en el reservado pecho de D. Benvenuto, los más delicados secretos de las familias á quienes sirven. El sabe por ellas si los maridos acostumbran zurrar á las esposas, si éstas tienen amantes á quienes reciben á hurtadillas ó en ausencia de los maridos, si alguna de las niñas resbaló con alguna cáscara de plátano y fué á pasar su enfermedad en un rancho ó pueblo lejano, si la comida es mala y escasa y si á los criados los tiene á ración de hambre, si la señora es afecta á emborracharse, si el señor tiene casa n.º 2, si le gustan los albueros y los gallos, si hay días que en la casa no se desayunan hasta que el mismo señor ó el criado de confianza vuelve del montepío.....

Y á propósito de montepíos; qué bien organizadas están esas casas dónde va uno á dejar su prenda para proveerse de lo indispensable para pasar el día! qué conocimiento tan profundo tienen algunos de los dueños de lo que vale la prenda, de lo más que pueden prestar y del precio á que podrán venderla en el simulado remate! Toda la vida salé uno como Juan panadero y el toro, golpe á golpe. Aunque la prenda esté nueva y le haya costado al que la empeñó unos diez pesos, le prestan uno; con los módicos intereses y gastos de interventor y valuador, sube la deuda á dos pesos. Va el interesado después del remate á ver si algo le sobró, y le dicen que á penas se pudo vender en catore reales, perdiendo la casa veinticinco centavos.

Se hace necesario que á estos señores les nombre la autoridad judicial un curador por pródigos ¿Qué es eso que en todas sus operaciones salgan perdiendo? Así pronto acaban con capital y ganancias.

—Vaya, comadre, con razón me dijeron días pasados las señoras modistas de allí enfrente, que Ud. sabe la vida y milagros de todo San Luis.

—No es cierto, comadre, esas Señoras lo dicen por el vicio de hablar. Están disgustadas conmigo porque el lunes que fui á visitarlas le dije á Jesusita, la hija mayor de la señora, que no hiciera tal de casarse con ese americano garrotero que la anda requiebrando; y luego el modo de enamorarla, le pasa á la hora que está en la ventana; le hecha en la cara una bocanada de humo de la pipa, se sueña las narices con los dedos y se los limpia en el pantalón; después se pone enfrente á ver que le contesta ella. Estas muchachas, comadre, por el deseo de casarse no ven con quien, como, ni cuando; después son los gestos y los arrepentimientos, cuando ya la cosa no tiene remedio. Le puse á Jesusita el ejemplo de su amiga Atanasia; á esta criatura bien le dieron consejos todas sus amigas, le hicieron ver que ella es católica como lo han sido todos sus ascendientes y que el pretendiente, que ahora es su marido, es protestante; pero como ahora los Sres. Obispos ya permiten que se casen católicos con luteranos, calvinistas y hasta judíos, las muchachas que no quieren pasarse como los higos de Santa Maria, y que les gustan más los extranjeros que los paisanos, porque dicen que sabe mejor la comida de fuera que la de la casa, elijen para marido con todo su agrado á cualquiera que venga del otro lado del charco grande ó del Río Bravo.

La pobre Atanasita es víctima de su gringote; la obliga á que ella misma vaya á comprar al mercado, que haga la comida, que le limpie el calzado, todo á señas, porque ni ella habla inglés ni él castellano; cuando no le adivina lo que quiere, le hecha un bufido que la avienta contra la pared, y como es tan bajita y tan delgadita, tiene que subirse á una silla para peinarle el bigote, y en las noches se pone una mula de cargador para subirle á la cama las patotas.

Pues ni por esas. La Jesusita está encaprichada con su yankee, y dice que no importa que no le diga palabras de amor, ni que no use corbata ni calcetines.

La hermana, Clarita, dicen que también está para casarse; que la pretende un almibarado pollo, que no tiene oficio ni beneficio, que se pasa los días y las noches en las cantinas, pero como ella sabe trabajar bien en la confección de trajes y sombreros para señora, ganará como siempre, lo suficiente para que viva el matrimonio y para los gastos particulares del marido.

¡Pobres muchachos, a sí vivirán contentos!—La madre será la que se reviente. Faltándole las dos hijas y sobre todo Clarita, tendrá que ir á ganar la peseta á los talleres de la Bella Jardinera.

¿No le parece á Ud. que nos vayamos ya á acostar? No dé Ud. crédito á lo que le digan de mí las vecinas ni tampoco les platique que tuvimos esta ligera conversación; á mí no me gusta indagar las vidas ajenas ni hablar de ninguna persona.

Hasta mañana.

—Adios, comadre.

## Leyendas